

# AMÉRICA LATINA EN LA ECONOMÍA MUNDIAL\*

---

América Latina es, en términos relativos a lo que ha perdido, la víctima principal de la crisis mundial de la economía, aunque en términos absolutos lo sea África. Y es poco probable que haya logrado salir del pantano de esta situación antes del tramonto del siglo. En la década pasada se hicieron visibles cambios drásticos en el lugar y en el papel de América Latina en la economía mundial. Esas alteraciones están asociadas a graves problemas en la sociedad latinoamericana y, en particular, para la amplia mayoría de los trabajadores.

Sobre lo primero, bastan pocos datos para mostrarlo. La salida de capitales desde América Latina entre 1980 y 1990, solamente por servicios de la deuda internacional, fue de alrededor de \$200 mil millones de dólares, lo que equivale al 25% del ahorro interno. Si a ello se

añade lo que ha salido como fuga de capitales y pagos, la cifra es más del doble y compromete más del 50% de tal ahorro. América Latina ha vuelto a ser, como al comienzo de su historia, neta exportadora de capitales.

Además, la participación de la región en el comercio mundial se ha desplomado al 3%. La magnitud de la caída salta a la vista si se compara con el 30% de antes de la Segunda Guerra Mundial, o con el 11-15% desde entonces hasta la crisis mundial. Y así ocurre a pesar de que la exportación regional saltó en un 56% entre 1980 y 1988, aunque exactamente en el mismo período los términos de intercambio caían en más del 22%.

En su otra cara, esta crisis está vinculada a problemas económicos y sociales cuya magnitud, en algunos aspectos, no tiene precedentes. Desde 1980 el Producto Interno Bruto (PIB) ha caído en más de 10% (es cierto, por supuesto, que hay fuertes diferencias entre los países; en

---

\* Publicado originalmente en *Problemas del desarrollo* (México: UNAM), Vol. XXIV, N° 95: 43-59, oct.-dic., 1993.

los extremos, algunos crecieron en alrededor de un 2% mientras otros decrecieron en más del 20%). El ingreso per cápita cayó en un 15% y el consumo global per cápita en más del 7%; la inversión se contrajo en un 40%; el nivel del salario mínimo declinó en más de 11%; el desempleo urbano se expandió en un 10%, mientras la llamada “economía informal” lo hizo en cerca del 5%.

Como parte del proceso, la pauperización afecta a una proporción creciente de la población latinoamericana. Estimaciones conservadoras señalan que actualmente unos 170 millones de personas, lo que equivale a un 43% del total de dicha población, están sometidas a la “pobreza crítica”. Quizás no es inútil recordar que ya en 1970, se estimaba que unos 54 millones (18% del total en ese monto) se encontraba en condiciones de “indigencia” y otros 130 millones (40%) bajo “pobreza crítica”<sup>1</sup>.

---

1 Las estadísticas son conocidas y están en diversas fuentes. Eso evita insistir en ellas. Los datos aquí consignados provienen, principalmente, de: Ghai, Dharam (ed.) 1991 *The IMF and the South* (Londres: Zed Books) pp. 13-37; Quijano, Aníbal 1984 *Transnacionalización y crisis de la economía en América Latina* (San Juan: CEREPE); Martner, Gonzalo et al. 1987 *Diseños para el cambio. Modelos socioculturales* (Caracas: Nueva Sociedad / UNITAR) pp. 169-211.

## LOS FACTORES EN CAUSA

La explicación más o menos consensual sobre aquellos fenómenos remite, principalmente, a las tendencias del capital financiero y su transnacionalización o, mejor, globalización, bajo el control de lo que suele ser denominado “el centro” en la nomenclatura de la imagen “centro-periferia”, o “el norte” en otra más geográfica y reciente.

Acerca de sus implicaciones, en el actual debate latinoamericano, para unos se trata apenas de los efectos del normal e inevitable comportamiento de la economía mundial y toda solución de los problemas que ello implica en cada región o país sólo puede provenir de una adecuación apropiada a las normas y a los mecanismos de ese comportamiento. Esa es, como se sabe, la propuesta de los llamados “neoliberales”. Para otros, se trata de una imposición de los países del “centro” o “norte”, que debiera ser rechazada o resistida. Esta postura aglutina a las diversas gentes que concurren, ahora sin demasiado énfasis, a la defensa de lo nacional-estatal y proponen una suerte de “neodesarrollismo” o “neoestructuralismo” como alternativa.

En todo caso, para todos ellos se trata de una cuestión de poder inter-nacional o inter-

regional. No cuesta, en efecto, imaginar cuán diferente sería la situación de América Latina si aquellos 600 mil millones de dólares hubieran sido invertidos en esta región durante los últimos 10 años. Parece evidente, a primera vista, que la situación actual de América Latina en la economía mundial es, en lo fundamental, resultado del desplazamiento de sus recursos en favor del “centro” o “norte”, como parte normal del comportamiento de la economía, en la versión neoliberal; o, en la otra versión, como imposición del poder.

Tal perspectiva no es, en general, incorrecta. En verdad, somos afectados por un nuevo momento de drástica reconcentración de los recursos del mundo bajo el control de una reducida minoría de su población, cuyos núcleos y cuyos instrumentos de control están concentrados, ante todo, en los países que conforman lo que suele denominarse “el centro”, o en términos geográficos “el norte”. Y los mecanismos económicos más importantes de esa reconcentración de recursos son, sin duda, los del capital financiero.

Sin embargo, de todo ello no podría desprenderse ninguna respuesta acerca de una pregunta necesaria: ¿por qué se desplazan esos recursos fuera de América Latina? En otros términos, ¿por qué esta región no es ca-

paz de retenerlos o, mejor aún, de atraerlos? ¿Por qué sí, en cambio, Japón y los otros “tigres asiáticos” (en particular, Corea del Sur y Taiwán)?

Tal pregunta es mucho más pertinente aún, si se considera que América Latina ha sido en períodos anteriores, por ejemplo, para no ir muy lejos, entre la Segunda Guerra Mundial y fines de los setenta, una región a la que han afluído considerables recursos económicos y, donde antes de la crisis actual, sobre todo en los cincuenta y sesenta, se habían producido importantes procesos de industrialización, expansión, diversificación y tecnificación de la economía.

Inclusive, tomada en su conjunto la región logró mantener, durante gran parte de los setenta, una nada desdeñable dinámica económica que contrastaba con la “*stagflation*” del “centro”<sup>2</sup>.

Es necesario, en consecuencia, admitir que América Latina, no obstante algunos importantes y relativamente largos períodos de manejo de recursos de capital, no ha logrado consolidar y hacer estable y duradero su proceso de desarrollo, por lo cual aún fluctúa, en

---

2 Véase: Quijano (1984) *Op. cit.*

contraste con los países y/o regiones del “centro” o “norte”, no solamente entre los ciclos normales de expansión y de contracción del capital, sino, en primer término, entre períodos de drásticos drenajes de recursos en favor del “centro”, como ahora, y de afluencia relativamente considerable de capital hacia la región, como después de la Segunda Guerra Mundial. En todo caso, los ciclos del capital y el flujo y reflujo de recursos en la región, se dan superpuestos y aquéllos a través de éstos. Por eso, América Latina no ha dejado de ser víctima de los mecanismos actuales del capital financiero, en lugar de tener un papel importante o decisivo en la definición y en la acción de tales mecanismos.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, destrozada la economía europea, sobre todo la de Alemania y la de Japón, América Latina aparecía mejor colocada para ingresar en la vía de un desarrollo estructural y duradero. Argentina, por ejemplo, era un país cuya capacidad financiera, comercial, técnica, y cuya dotación de recursos naturales y humanos, eran sin duda claramente ventajosas respecto de los países que hoy son los “tigres asiáticos”, e inclusive de Japón.

No es muy difícil mostrar y admitir que, en efecto, el mayor poder de los países del “cen-

tro”, permite, ha permitido siempre, imponer sus decisiones y condiciones sobre los demás. Actualmente se reúne el “Grupo de los 7” y sus decisiones se imponen sobre todo el mundo. Empero, de un lado, los efectos de esa imposición ocurren en modos y medidas muy diferentes en cada país o en cada región. Y de otro, los países y regiones integrantes de tal centro no son siempre los mismos, como ocurre ahora con Japón. En la propia Europa, y aunque unos son más “céntricos” que otros, se puede reconocer que países como los de Escandinavia o más recientemente los de Iberia, que antes estaban fuera, han terminado o terminan integrándose al “centro”. En todo caso, se trata de países desarrollados.

La pregunta es obligada: ¿por qué, por ejemplo: Dinamarca y no México, o Suecia y no Argentina? Puesto que no se trata de una falta de recursos crónica, dada la magnitud de las riquezas producidas y extraídas desde América Latina o que se han movido en ella en diversos períodos; ni tendría sentido admitir algún mítico “carácter nacional” o “cultural”, que condena a estos países a la prisión perpetua del subdesarrollo, parece pues pertinente indagar de nuevo en esta historia y, puesto que estamos en eso, lo que implica 1492 en ella.

## **LAS MUTACIONES DEL PODER**

Lo primero que me parece necesario es hacer notar que la tendencia actual de reconcentración brutal de recursos económicos de todo el mundo, bajo el control del “centro” o “norte”, implica una modificación radical de lo que ocurría en el período precedente. En ese sentido, se trata de toda una mutación, no de un cambio corriente.

En efecto, al término de la Segunda Guerra Mundial se abrió un período más bien prolongado de redistribución relativamente importante de recursos de producción y de estructuras productivas en todo el mundo. Podría decirse que se produjo una relativa democratización en el control de los recursos. Y aunque eso no significó la cancelación de los patrones mayores de distribución de poder mundial, esto es, la relación de dominación y de dependencia entre el “centro” y la “periferia”, el hecho es que cada uno de los términos de esa relación fue profundamente modificado en su composición y en sus características, de modo que la propia relación fue, en ese sentido, también profundamente cambiada. Todo el debate acerca del “desarrollo-subdesarrollo”, de la “dependencia” y del “centro-periferia”, expresaba de modo bastante ceñido el contexto y la dinámi-

ca de esos cambios. Y, como se sabe, fue América Latina la protagonista principal, no sólo el escenario, de ese debate.

No se podría afirmar, con seriedad, que se trataba simplemente de la acción espontánea de los mecanismos de la economía. Lejos de eso, fue la profunda redistribución del poder como secuela de la Segunda Guerra Mundial; de la confrontación ruso-estadounidense-europea o “Guerra Fría”; de las revoluciones anticoloniales victoriosas; de los “socialismos” en Asia, África y América Latina; de los movimientos y regímenes políticos del *new deal*, socialdemócratas, socialcristianos, en Europa y en Estados Unidos; de los regímenes nacionalista-populistas que tenían discursos, y en algunos casos prácticas radicales, en todo el llamado “Tercer Mundo” y en especial en América Latina; de la presión de los movimientos y organismos de los asalariados, en todas partes; de los notables cambios culturales e ideológicos que recorrían el planeta y empujaban a jóvenes, mujeres, poblaciones “de color”, a luchar por la democratización del poder entre los países, entre las regiones, entre las categorías sociales. No sólo, en consecuencia, en las relaciones entre estructuras institucionales, sino en cada rincón de la vida cotidiana.

Sería ocioso ir aquí más lejos sobre cosas sabidas. Lo que importa es poner de relieve que se trataba de toda una confrontación cuyos contenidos sociales y/o nacionales se amalgamaban de múltiples modos en cada contexto y que forzaron en una medida apreciable una relativa redistribución del poder, sobre todo económico y político, a escala mundial.

Esa dinámica se produjo en asociación con el proceso de globalización del capital. No se podría explicar, probablemente, la crisis seciente de la estructura mundial de acumulación, sin considerar que dicha crisis fue de algún modo el momento crucial de aquella confrontación y permitió un movimiento victorioso de los controladores del capital, de sus sedes regionales y nacionales y de sus organismos e instituciones de control.

La transnacionalización o globalización del capital financiero emergió como uno de sus cauces decisivos. Pero fue sobre todo la sucesiva derrota política de todos los movimientos, organizaciones y regímenes políticos que, en diversos sentidos y ante todo nacionales, se habían enfrentado a esos sectores dominantes del capital, lo que ha ido permitiendo imponer lo que ahora se registra: este nuevo momento de drástica reconcentración del poder y de recursos económicos y políticos, que

altera de manera tan dramática la tendencia imperante en el período anterior. El estallido del patrón de poder denominado “socialismo real” por sus beneficiarios culmina toda aquella reconfiguración del poder global.

Puesto que no ocurrió una imposición por la violencia, de los intereses o de las decisiones del “centro” sobre las otras regiones (militarmente fue, por el contrario, derrotado, como en Vietnam y en Argelia); ni tiene sentido asumir con seriedad el simplismo de una propuesta que otorga a los solos mecanismos financieros –independientemente de los otros factores del poder, como si operaran en un *vacuum* histórico-social–, la facultad de ordenar y reordenar las relaciones de poder en el mundo, no es arbitrario sugerir la búsqueda e identificación de otros elementos contenidos, probablemente, en dichas relaciones.

Por obvias razones, no se me ocurriría pretender aquí esa búsqueda para la entera estructura mundial del poder. Es América Latina, la que aquí está en cuestión.

## **LA COLONIALIDAD DEL PODER**

¿Es mera coincidencia, que a la escala global del planeta, la abrumadora mayoría de las

gentes explotadas, dominadas, discriminadas y en algunas regiones inclusive despojadas de recursos de sobrevivencia, procedan de las sociedades destruidas y/o colonizadas por los europeos? ¿Es mera coincidencia que las regiones y/o países de la “periferia” o “sur” correspondan, precisamente, a las áreas que habitaban las sociedades destruidas y/o colonizadas por los europeos? ¿Es mera coincidencia que las gentes que descienden, parcial o totalmente, de las poblaciones colonizadas por los europeos, sean en su amplia mayoría, dominadas y discriminadas donde quiera que habiten? Si no se trata –¿habrá quien pudiera decir que sí?– en esas situaciones de simples coincidencias históricas, no se puede eludir la cuestión de las relaciones entre la colonialidad del poder y el desarrollo<sup>3</sup>.

---

3 Colonialidad es un neologismo necesario. Tiene respecto del término colonialismo, la misma ubicación que modernidad respecto de modernismo. Se refiere, ante todo, a relaciones de poder en las cuales las categorías de “raza”, “color”, “etnicidad”, son inherentes y fundamentales. Sobre el concepto de colonialidad del poder y sus implicaciones, véase: Quijano, Aníbal 1991 “Colonialidad y modernidad / racionalidad” en *Perú Indígena* (Lima), N° 29, pp. 11-21. Reproducido en Bonilla, Heraclio (ed.) 1992 *Los conquistadores* (Quito: FLACSO) pp. 437-446. También de Quijano, Aníbal

En 1492, con el nacimiento de América y de Europa, del capitalismo y de la modernidad, se inicia un proceso de brutal y violenta reconcentración de los recursos del mundo, el trabajo en primer término, bajo el control de Europa. Ese proceso prosigue y se expande en los siglos posteriores con la colonización de las sociedades de la Península Indostánica, de África, de China y del Medio Oriente. De ese modo se va produciendo la mundialización del poder, de la economía en primer término, en torno del capital. Es su culminación que se procesa en nuestro tiempo y que denominamos como globalización del poder. El control centralizado de tal proceso en Europa no ha terminado; pero se amplió primero a los descendientes de los colonizadores europeos en América del Norte y más recientemente a otras sociedades no europeas, pero nunca colonizadas por Europa, como Japón.

Empero, la condición fundamental de las relaciones entre lo europeo y lo no-europeo, que se impone durante ese proceso, no fue sólo la explotación del trabajo de los dominados, en

---

y Wallerstein, Immanuel 1992 “La americanidad como concepto o las Américas en el moderno sistema-mundo” en *International Social Science Journal* (París: UNESCO) pp. 549-559, nov.

todas sus formas, separadas y combinadas; ni la centralización de los recursos y de los beneficios en favor de los dominantes, europeos en el caso. Cada uno de tales elementos ha tenido una historia muy cambiante en el curso de este largo tiempo, como quedó antes señalado.

Lo que ha permanecido inalterado, no obstante sus muchos avatares, es lo que emergió como radicalmente nuevo en la conquista y destrucción de las sociedades precolombinas y la formación de América: la constitución de las categorías que ahora conocemos como “raza”, “color”, “etnia” y el derivado complejo “racismo / etnicismo”, como elementos fundantes e inherentes a la relación de poder entre europeos y no-europeos, y entre lo europeo y lo no-europeo<sup>4</sup>.

Tales categorías actuaron –y actúan– en las relaciones materiales; pero no dependen de ellas, que han cambiado todo el tiempo desde entonces. Están constituidas en las relaciones intersubjetivas del poder. Más aún, ellas se hicieron parte inherente de la entera racionalidad eurocentrista, esa peculiar distorsión de la

moderna racionalidad, que terminó imponiéndose como expresión dominante del mundo que comenzó con la formación de América. Y no han abandonado hasta hoy ese lugar, aunque la racionalidad eurocentrista ha entrado en crisis al mismo tiempo que culmina y transita la globalización final de dicho mundo. Por todo ello, la relación de poder entre europeos y no-europeos, y entre lo europeo y lo no europeo, no ha dejado hasta hoy de reproducir su primigenio carácter, la colonialidad.

Sin tal colonialidad del poder no sería posible entender y explicar la paradójica historia de las relaciones de América Latina dentro del mundo, ni del mundo de las relaciones sociales dentro de América Latina, ni sus recíprocas implicaciones. En otros términos, la historia del poder, de la cual hace parte la del “desarrollo”, sería ininteligible en América Latina.

Debe recordarse, en primer lugar, que el control del poder poscolonial fue ganado por los herederos de los colonizadores<sup>5</sup>. Como iro-

---

4 Véase, en ese sentido: Quijano, Aníbal 1993 “Raza, etnia y nación: cuestiones abiertas” en *José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento* (Lima: Amauta) pp. 167-188.

---

5 Haití fue una excepción poco duradera. Allí ocurrió la primera experiencia mundial en que se destruye, en el mismo movimiento, la dominación nacional o colonialismo; la dominación de clase, el esclavismo; y la dominación “racial” de los “blancos” sobre los “negros”. Pocos años después, la

nía histórica, la Independencia les permitió, en el área iberoamericana, hasta la ventaja de no tener que lidiar con el poder contralor de la Corona respecto de las relaciones con los dominados, “indios” sobre todo, “negros” y “mestizos”, las nuevas identidades históricas establecidas durante la Colonia. De ese modo, la colonialidad pudo ser inclusive acentuada, una vez terminado el colonialismo.

Respecto de lo que aquí está en debate, dos implicaciones mayores merecen ser por lo menos consignadas, ya que en tan corto espacio no podrían ser debatidas con detenimiento<sup>6</sup>. Primero, el desencuentro perdurable entre, de un lado, la originalidad y la especificidad de la experiencia histórica llamada América Latina y, del otro, la configuración eurocentrista de la mirada, de la perspectiva dominante, que sigue tratando de “leer” esa realidad como-si-fuera-Europa. Segundo, la hasta ahora insanable lacra de la percepción eurocentrista del dominante sobre el dominado (“indio”, “negro” o “mestizo”), que bloquea la admisión de tal

dominado como un otro sujeto, es decir, diferente pero igual. Y por lo cual, la ciudadanía del dominado no puede ser cabal, ni la sociedad realmente nacionalizada, ni el Estado efectivamente representativo, ni el orden político-social estable y legítimo.

La percepción eurocentrista implica que la realidad latinoamericana sólo puede ser vista según las imágenes inevitablemente distorsionadas en el espejo europeo. Esto es, no meramente quiméricas; pero necesariamente inexactas. Debido a ello, los problemas no han podido ser nunca ceñidamente planteados y mucho menos adecuadamente resueltos. Todo ocurre sólo como: si niega su propia identidad, no se logra ser auténtico. Lo trágico de eso es que los problemas no pueden ser resueltos, salvo parcial y fugazmente. Porque América, y por sobre todo América Latina, no es, no puede ser, por modo alguno, una prolongación de Europa. Occidente, quizás. Europa, jamás. América del Norte es ante todo una manera avanzada de Occidente. Pero no es, no lo fue nunca, meramente una copia o una prolongación de Europa. Si lo es, quizás sólo en los mismos modo y medida con los cuales Europa es hoy una prolongación de América del Norte. Para América Latina, Occidente es por cierto una de sus básicas maneras. Todo lo demás,

---

reocupación colonial de la nueva nación por Estados Unidos, destruyó esas conquistas.

6 Un examen de estas cuestiones puede ser encontrado en: Quijano, Aníbal 1993 *Poder y cultura en América Latina* (San Pablo: EDUS).

le es propio. Pero todo eso quiere decir que el eurocentrismo, como modo dominante de percibir, de elaborar nuestra realidad, es un elemento necesario de la colonialidad del poder que perdura y es reproducido en interés de los beneficiarios de tal poder.

Las categorías “raza”, “color”, “etnicidad” y el complejo intersubjetivo “racismo-etnicismo”, no sólo son inherentes al eurocentrismo en América Latina, son sus fundamentos. El modo de percibir, en general, y esas categorías mentales se corresponden y se refuerzan recíprocamente.

Dentro de aquella configuración, las correspondencias sociales, materiales o ideológicas, que están asociadas a la democratización básica y a la correspondiente nacionalización relativa de las sociedades, en América Latina no pueden desarrollarse plenamente. Para los dominantes, que se autoperciben como europeos o tratan de asimilarse a éstos, la suerte de los dominados sólo es importante en cuanto afecta el interés de los dominantes. Eso bloquea, todo el tiempo, la posibilidad real de modernidad estructural y global de esas sociedades. A las instituciones y aspectos de la vida cotidiana en los cuales participan los dominados, la modernidad no llega sino parcial y a veces precariamente. La dominación, en consecuencia, no se ejerce sólo en términos de clases sociales o

de estratos socioeconómicos, sino ante todo en términos “étnico-raciales”<sup>7</sup>.

No obstante, la ideología aceptada formalmente, esto es, ideológico-jurídicamente, va en contra de tales categorías y discriminaciones, y en casi todos los países de la región éstas aparecen, por lo mismo, veladas y con frecuencia negadas explícitamente por los dominadores y no pocas veces por las víctimas. Brasil y Perú son los ejemplos típicos. Por ello, la división en castas separadas jurídicamente es, por el momento, impensable. De allí se origina una peculiar paradoja latinoamericana: los dominados pugnan por entrar y están entrando todo el tiempo a la ciudadanía y al mismo tiempo no terminan de entrar y consolidarse en ella. La sociedad latinoamericana es, de ese modo, radical y permanentemente conflictiva.

Una parte muy grande de las víctimas de la colonialidad del poder, no puede ejercer sino muy parcial y formulistamente la ciudadanía, ni política, ni socialmente. El Estado y el entero orden político no son, no pueden ser plenamente representativos ni estables, porque los

---

7 El debate sobre esta cuestión de la ciudadanía en América Latina está en desarrollo. Véase: Da Matta, Roberto *et al.* 1992 *Brasileiro: Cidadão?* (San Pablo: Cultura Editores Associados) pp. 3-32.

conflictos derivados del choque superpuesto de intereses sociales y “racial-étnicos” no sólo se reproducen sin tregua, sino que son insolubles e *inabsorbibles* en el orden constituido sobre esas bases. La sociedad no llega a democratizarse, ni, por lo tanto, a nacionalizarse por entero.

El “Estado-nación” no dejará de ser –en mayor o menor medida, según los casos– una mistificación, mientras la colonialidad sea la condición básica del poder en la sociedad. Ya Mariátegui, antes de 1930, había observado que en América Latina, a diferencia de China, por ejemplo, no eran suficientemente fuertes y duraderos los lazos de solidaridad nacional entre dominantes y dominados, por el conflicto “racial”, y que los dominantes “blancos” se identificaban más con los intereses europeos que con los de “indios”, “negros” y “mestizos”<sup>8</sup>.

No han logrado escapar del todo a ese destino, ni siquiera los países del llamado Cono Sur (Argentina, Chile, Uruguay) que intentaron lograr la europeidad por medio de la matanza de millones de aborígenes y su reemplazo por

migrantes europeos, los sobrevivientes de las poblaciones aborígenes quedaron tan marginados que hoy son sociológicamente invisibles. La europeización demográfica de esos países permitió, sin embargo, que las distancias sociales en esos países fueran menos extremas y explícitas que en los demás. Con toda su crueldad histórica, esa es una ilustración eficaz de la cuestión aquí en debate.

Por todo ello, el flujo y reflujo de vastos recursos hacia y desde América Latina, desde la Independencia, no fue empleado por los dominantes en beneficio de la sociedad nacional en su conjunto, porque ella no existía sino como el conjunto de los dominadores, ni estaba en el interés de éstos organizarla y desarrollarla en beneficio de toda la población, aún con todas las desigualdades sociales de tipo clasista. El efecto perverso de ese comportamiento ha sido, en todas partes, la inestabilidad y la precariedad del desarrollo.

Cuando en determinados períodos, por la afluencia de capitales o por la reinversión significativa de recursos internamente generados, algunos países o la región entera pudieron ostentar cifras macroeconómicas a veces impresionantes, los beneficios nunca dejaron de estar brutalmente concentrados bajo el control de los dominadores o lo fueron incluso aún

---

8 Mariátegui, José Carlos 1992 “El problema de las razas en América Latina” y “Punto de vista antiimperialista” en Quijano, Aníbal *Textos básicos* (Lima: FCE) pp. 210-257 y 203-210, respectivamente.

más en ese mismo momento (no está demasiado lejos en el tiempo el “milagro brasileño”). Y si por la presión de los trabajadores fue posible disminuir dicha concentración, como en Argentina bajo el primer gobierno de Perón, el orden político respectivo no duró mucho y cedió paso a una prolongada inestabilidad.

Probablemente estos problemas se ven con más claridad, en contraste con la experiencia de países y regiones que han logrado consolidar y estabilizar su desarrollo. En todos ellos, una cuestión ha sido resuelta no como secuencia del desarrollo, sino como su condición, sea de partida o de consolidación: la distribución relativamente importante del control de recursos de producción, y del poder en la sociedad y en el Estado. No se trata de la inexistencia de concentración del control de recursos de producción y del poder social y político. El mundo está aún muy lejos de eso. Se trata de la coexistencia de dicha concentración, con una difundida propiedad mediana y pequeña de recursos de producción; es decir, se trata de una relativa democratización del control de recursos de producción. Y al mismo tiempo, de una real distribución de la ciudadanía social y política. Esto es, de una relativa democratización del control de las relaciones de poder en la vida social y en el Estado.

Los países escandinavos son buenos ejemplos de una historia en la cual la redistribución del control de recursos de producción y de ciudadanía corre pareja con el desarrollo, desde el principio. Alemania, Italia, España, de su parte, ilustran las relaciones entre democratización del poder y la consolidación y estabilización del desarrollo. Fuera de Europa, Japón, forzado a admitir una reforma agraria y una constitución política liberal. Corea del Sur y Taiwán, a las que les fueron también impuestas reformas agrarias, aún no cumplen del todo con la redistribución de la democratización política, por lo cual hay margen para preguntar si la consolidación del desarrollo está ya asegurada.

La democratización relativa del control de recursos implica una pareja democratización relativa de las relaciones de poder en la sociedad y en el Estado; la universalización de la ciudadanía; la universalidad y la estabilidad de la representatividad política; la legitimidad y la estabilidad del Estado. Y, en consecuencia, la continuidad de políticas de desarrollo y del proceso de redistribución de ciudadanía. En última instancia, el “desarrollo” continuado es la otra cara de la continuada democratización del poder.

Si en América Latina han terminado todo el tiempo frustradas todas las tendencias y opor-

tunidades de una “revolución industrial” endógena y autónoma, la explicación difícilmente podría ser encontrada fuera de la colonialidad del poder. ¿No está vinculada a ésta, en una amplia medida, la “sustitución de importaciones” para el consumo de las clases oligárquicas y las capas medias asociadas, en lugar de la industrialización de los recursos y materias primas locales, para el consumo del conjunto de la población? ¿No tiene nada que ver con eso el hecho de que la mayoría de esa población fuera no-europea? ¿No se revela allí la ausencia de una sociedad realmente nacional o en curso de nacionalización? ¿O de otro modo, una nacionalidad restringida a la etnicidad de los dominantes?

Una de las persistentes obsesiones del debate latinoamericano acerca del desarrollo-subdesarrollo y de la democracia, es el problema de la concentración extrema de los ingresos, porque no solamente allí está implicada la estrechez del mercado local, sino toda la cuestión del acceso de la mayoría de la población a los servicios y recursos que la sociedad produce o importa. Esa obsesión por la distribución de ingresos no es impertinente. Pero es superficial y, a la postre, descaminada. La desigual distribución de ingresos no es sino la otra cara de la extre-

ma concentración del control de recursos de producción y de ciudadanía<sup>9</sup>.

Cuando no hay otra manera de sortear la presión de los trabajadores y de todos los sectores dominados de la población contra la inequidad del reparto de los bienes sociales, los regímenes llamados “nacionalistas-populistas” se han refugiado siempre en políticas de distribución de ingresos, sin poder o sin querer una redistribución del control de recursos económicos y de ciudadanía. Dadas esas condiciones, tales políticas han sido siempre, inevitablemente, artificiales y de corto alcance y duración. Pero, mucho peor, en todos los casos se ha revelado que resulta virtualmente impensable para las clases dominantes asentadas en la colonialidad y para sus alianzas imperialistas ceder a esa redistribución de ingresos, porque eso implicaría poner en cuestión las bases de ese poder. Por eso, todos los regímenes llamados “populistas” han caído, sin excepción alguna, bajo los golpes militares sangrientos y represivos.

En Europa o en el Asia de la posguerra, la colonialidad del poder no ha intervenido como en América Latina. La explotación y la domina-

---

9 La más reciente muestra es la publicación de CEPAL 1992 *Crecimiento económico con equidad* (Santiago de Chile: CEPAL).

ción han sido, ante todo, de clase. Han ocurrido dentro de una misma “raza”, si no siempre de una misma “etnia”. La combinación de “raza” y de “etnia” ha sido mostrada en sus perversos extremos en Sudáfrica. Pero no debe olvidarse que América es el lugar de su nacimiento, Más recientemente, en Europa y Japón se ha instalado también la colonialidad del poder, por la presencia de trabajadores migrantes que no solamente provienen de otras “etnias” o “nacionalidades”, como los del Mediterráneo en Europa Central, sino también ahora de “razas / etnias” muy diferentes de las europeas, como los pueblos norafricanos, asiáticos, del Medio Oriente y de América Latina. Sus efectos comienzan a estar a la vista, y es poco dudoso que serán aún más abultados en el período siguiente.

### **EL ESPEJO DE MÉXICO**

La relativa democratización y nacionalización de la sociedad y del Estado, por medio de la descolonización de las relaciones de poder, en América Latina ha ocurrido hasta ahora solamente en México. Y aún allí, de manera incompleta y no definitiva. La guerra civil entre 1910 y 1930 subvirtió no solamente las relaciones de clase, sino también y en una amplia

medida, las relaciones fundadas en el complejo “raza-etnia”.

Sería desatinado decir que no existe vinculación fundamental entre esos procesos y el hecho de que México sea, desde 1930, el único país latinoamericano sin golpes militares. Por lo tanto, el de más prolongada estabilidad política de toda la región. Y que, de otro lado, allí se haya llevado a cabo también el más prolongado proceso de desarrollo económico continuado de América Latina en este siglo, desde el fin de la guerra civil hasta fines de los años setenta.

Sería igualmente infundado pensar que tal estabilidad sea solamente el resultado del fraude, de la manipulación o de la represión, en servicio de un régimen político de partido único. El virtual monopolio político del Partido Revolucionario Institucional (PRI) en esta media centuria, es tan real como los fraudes electorales y la represión. Pero no es real que ese monopolio haya sido sostenido solamente por medios represivos como en Brasil o Chile bajo las recientes dictaduras militares; ni únicamente bajo represión y fraude, como en Paraguay bajo Stroessner. Lejos de eso, la estabilidad ha estado montada, en particular hasta fines de los sesenta, ante todo en la legitimidad y la representatividad del orden político y del Estado emergido de la guerra civil, en la misma medi-

da en que se logró una extensión relativamente importante de la ciudadanía, más importante aún si se tiene en cuenta que rompía una de las más fuertes y rígidas estructuras de poder colonial de toda América Latina.

La redistribución del control de recursos, vía reforma agraria, salarios y servicios sociales, principalmente, fue aparejada a la redistribución del control del Estado, sobre todo por medio de las organizaciones corporativas de los trabajadores. Y la expansión de la economía mantuvo en América Latina, durante un periodo inusualmente extenso, esa coexistencia de la concentración y de la redistribución de bienes y de beneficios que es característica de los procesos que en otros lugares han llevado a consolidar el desarrollo. La estabilidad mexicana no se podría entender por separado de la combinación de todos esos factores.

Eso dicho, es indispensable observar que la relativa democratización del poder y de sus fuentes y recursos, la descolonización del mismo, en México distó mucho de ser suficientemente profunda y global, no obstante todos aquellos avances. El control estatal de los principales recursos productivos y el monopolio político del PRI sobre el Estado, mellaron desde la partida no sólo los alcances, sino sobre todo la lógica y los caminos de la descoloniza-

ción y democratización definitiva del poder y de la consolidación del desarrollo.

Diversas implicaciones importantes se desprendieron de esos fenómenos. Básicamente, la restauración de las jerarquías y la reconcentración de recursos de producción y de poder social y político, al comienzo de modo gradual y lento, acelerado y masivo después de los sesenta. En la medida del fortalecimiento de ese proceso, se bloqueó primero la continuada descolonización del poder y actualmente no se puede evitar la impresión de que la colonialidad se reproduce y se perpetua de modo no tan espontáneo. Esa práctica ha terminado arrastrando también una de las divisas del régimen político vigente, el discurso de la identidad nacional.

Nada de eso ha ocurrido, ni podría ocurrir, sin consecuencias sobre el desarrollo mexicano. Debido a tales nuevas tendencias en el poder, la bomba de succión financiera colocada por el “norte” sobre el “sur”, no solamente ya no encontró en México barreras razonablemente eficaces, sino que obtuvo activos socios entre los nuevos dominantes del país, especialmente desde comienzos de los años ochenta. La producción, el empleo y los ingresos cayeron bruscamente. La inestabilidad política comenzó a tocar las puertas con la fractura del PRI y el

crecimiento de las tendencias políticas que expresan el nuevo poder social. El crecimiento de la economía se ha hecho inestable y precario, y en todo caso, a diferencia de lo que ocurría en el período posrevolucionario, ahora no se vincula, o sólo a contrapelo, a la descolonización continuada de la sociedad y del Estado.

### ***DE TE FABULA NARRATUR***

Todo lo anterior sirve para sugerir que democracia y desarrollo no se han dado, ni pueden darse, por separado o en secuencia. Y que en el caso de América Latina, la democratización significa ante todo la descolonización del poder. Pero la cuestión no implica solamente a esta región, sino a la naturaleza del poder global a escala del planeta.

Sin redistribución mundial de los recursos no se puede pensar en el desarrollo de ninguna región por separado, en todo caso no en

favor de toda o la mayoría de la población. Y, aparentemente, ninguna redistribución puede esperarse hoy sin pareja descolonización del poder, lo mismo en su cara material que en las relaciones intersubjetivas. Si así no ocurre, sin embargo, en un plazo razonablemente corto, la historia puede cobrar sus cuentas, irónicamente, en las propias sedes del “centro” en donde la colonialidad instala ahora sus más turbulentas sedes.

Un brasileño ingenioso dijo una vez que Brasil podía ser mejor denominado Belindia, parte Bélgica y parte India. Le replicaron que sí, pero que la mayoría de la población y de los votantes está en “India” y el control del poder en “Bélgica”. Europa parece haber entrado en un camino parecido, si la colonialidad no es enfrentada y erradicada, si el poder y sus recursos no son democratizados a la escala global del planeta, tal vez Europa descubra, si no lo ha hecho todavía, que la fábula habla también de su propia historia.